

244

AÑO XIV, SERIE II, n: 56

1926, Mar

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pinto

Raúl Prebisch

Por la Facultad

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo

Emilio Calvo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE CHARCAS, 1835

BUENOS AIRES

La tutela del comercio exterior por el Estado

El comercio exterior que alguna vez estuvo librado al azar de la oferta y la demanda, constituye en los tiempos modernos una de las grandes preocupaciones del Estado, como que el mercado nacional necesita resistir la presión de la coexistencia que los productos similares vienen a hacerle del exterior, y la producción nacional especializada por la división internacional del trabajo, busca salidas en el exterior en condiciones ventajosas o más ventajosas que los artículos de la misma especie y calidad de otros países productores.

La República Argentina que hasta la segunda mitad del siglo XIX era un país exclusivamente agrícola-ganadero, ha visto multiplicar su industria de transformación con el crecimiento de su población, al punto de que el segundo censo nacional terminado en 1914 constituyó una real revelación del adelanto y prosperidad de las industrias transformativas de nuestro país al expresar elocuentemente en las siguientes cifras la situación de aquel entonces :

Cuarenta y ocho mil setecientos noventa y nueve establecimientos industriales con una capital en giro de 1.787.662.295 pesos, satisfaciendo las actividades de 410.201 obreros y con una producción anual avaluada en 1.861.789.710 pesos.

Estos datos que lógicamente presuponen una indiscutible intensidad creciente, obra de la espontaneidad, confirman que nuestra potencialidad económica llevada por un dinamismo donde primen criterios técnicos sobrepasará el mayor optimismo vaticinador.

Esta actividad fabril se aumentó en proporciones extraordinarias durante la conflagración, cuando empezó a mermar la importación europea, insuficientemente suplida por la norteamericana. Obligadas a bastarse a sí mismas, las industrias manufactureras argentinas hicieron progresos apreciables que un tercer censo nacional, seguramente acreditará con cifras halagüeñas para la capacidad productiva de nuestras poblaciones urbanas y rurales.

No obstante estas transformaciones los resortes administrativos de la República continúan siendo como en el período anterior a la gran guerra. Uno que otro autor, uno que otro estadista, ha venido llamando la atención sobre la necesidad de un reajuste de nuestra política comercial externa, pero las prédicas de esos voceros cayeron en el vacío. Nuestras tarifas o aranceles aduaneros — hoy como ayer — sólo persiguen fines fiscales, sin otros ideales que el acrecentamiento de los ingresos al tesoro nacional. Nuestros tratados de comercio, no obstante las críticas que en los últimos veinticinco años les hicieran Terry, Plaza, Zeballos, Antokoletz, Pillado, etc., continúan como instrumentos diplomáticos absolutamente inocuos, sin influencia alguna sobre el movimiento del intercambio, que resulta así huérfano de toda tutela estadual. Nuestras oficinas técnicas no han dado tampoco señales de vida, ni han mostrado preocupación alguna por el adelanto del comercio internacional.

Tenemos una División comercial en el ministerio de Relaciones exteriores y una Dirección de comercio en el de Agricultura. Hubo un tiempo — no muy remoto — en que estas oficinas se preocupaban de dar cumplimiento a su misión. Pero desde un tiempo a esta parte el público productor y comerciante no recibe beneficio alguno de estas costosas reparticiones. Diríase que una de las dos está demás como rodaje del comercio internacional. Sus atribuciones son tan confusas que las del ministerio de Relaciones exteriores sólo se concretan a servir de buzón para transmitir a la del ministerio de Agricultura algunos informes estadísticos remitidos por los cónsules. Una y otra permanecen indiferentes ante el gran movimiento mundial de la postguerra en materia económica y comercial. No siguen el desarrollo ni la evolución de las tarifas aduaneras; ni de los nuevos tratados de comercio que se celebran en el mundo; no controlan el juego de la cláusula de la nación más favorecida a que podemos tener derecho por nuestros tratados vigentes; no reclaman tratamiento favorable para la producción argentina; no buscan hacer conocer la excelencia de nuestros artículos manufacturados en mercados nuevos, favoreciendo nuestra balanza comercial mediante un aumento de la exportación, ni siquiera rectifican a tiempo la propaganda maliciosa de otros países en contra de los intereses comerciales argentinos.

Para colmo de los infortunios, el cuerpo consular cuya excelencia se refleja necesariamente en el mercado, se recluta por meras recomendaciones de los obligados políticos, sin preparación comercial, ni siquiera general, posponiendo a los egresados de las universidades.

Es tiempo ya de reaccionar contra el estado de abandono y de

ineptitud con que se manejan nuestros intereses comerciales en el exterior. Es preciso que las oficinas comerciales dependientes del Poder ejecutivo demuestren con hechos positivos que ellas merecen ser mantenidas por el erario público, imitando el ensayo de reconstrucción industrial económica de la Alemania de la postguerra, a base de un meditado y eficiente estudio de organización comercial. Este Estado, ha sistematizado el comercio interior y exterior poniéndolo en función directa de los cambios monetarios. Para ello, debió casi imponer en el interior del país las industrias preferidas. La materia prima que por provenir de países con moneda desvalorizada podía adquirirse en condiciones ventajosas para la industria nacional, determinaba la preferencia de las industrias a producir buscando como mercados convenientes a la exportación los países donde la moneda cara asegurase un mayor rendimiento. Esta organización tan precisa hízole decir a George Valois en *La reconstruction économique de l'Europe*, que llevaría la ruina al comercio francés, por lo que era de todo punto de vista necesario una intervención en Alemania que pudiera desorganizar este mecanismo que le aseguraría la hegemonía mercantil del viejo continente.

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ.